

sociedades tradicionales), de manera que la actividad misionera resultó radicalmente aculturadora. Incluso se quemaban los cadáveres de los indios (puesto que la veneración de los ancestros es pagana), se prohibía poner nombres indígenas a los hijos, se prohibía todo tipo de ceremonia e incluso fiesta (ya que las fiestas eran también ceremonias), se les prohibía cantar sus cantos (porque aludían a sus creencias), se les prohibía consumir chicha (típico acompañamiento alcohólico de sus celebraciones), se encerraba a sus médicos-sacerdotes más ancianos en una casa-prisión limeña (generalmente de por vida), se metía a los hijos de los caciques en un internado también capitalino, etc. Mientras los europeos podían conservar sus fiestas agrarias de origen pagano y sus incontables supersticiones, se pretendía que los indígenas renunciaran a casi toda su cultura.

El juicio de Urbano es radicalmente condenatorio, sobre todo con los jesuitas de entonces. La consecuencia lógica sería rechazar todo tipo de obra misionera, la cual, realizada coherentemente, implica siempre una cuantiosa aculturación injustificable. Urbano no llega a ese extremo pero desentierra las raíces inquisitoriales y demás aspectos nefastos de las «visitas» clericales a pueblos indígenas. La enseñanza queda a la vista y merece todo nuestro encomio.

**Semana Santa en Popayán**, Dirección, diseño y edición: Benjamín Villegas. Fotografía: Silvia Patiño, Patrick Rouillard. Textos: Gustavo Wilches-Chaux y Carlos Zambrano Ulloa. Presentación: César Negret Mosquera, Bogotá: Villegas, 1999, 160 pp.

Popayán es una ciudad del Sur de Colombia que llegó a tener una gran importancia cultural y política. Fue fundada en 1537. Durante la Colonia dependió primero de la Audiencia de Quito y, en consecuencia, formó parte del Virreinato del Perú. Sólo en 1739 pasó a pertenecer al nuevo Virreinato de Nueva Granada, cuyo núcleo era la actual Colombia. La ciudad se enorgullece de haber dado al país no menos de una docena de presidentes y varios artistas importantes. Actualmente es una pequeña y bonita capital de provincia en una región asolada por la guerrilla. La pérdida de influencia política ha redundado allí en un fuerte apego a las glorias del pasado. El artista más famoso entre los hijos de la ciudad es el poeta Guillermo Valencia (1873-1943); este libro contiene dos páginas de un texto suyo sobre «Las procesiones en Popayán».

Del acendrado tradicionalismo forma parte la dedicación a una festividad católica como la de la Semana Santa, tan apta para dar brillo a una ciudad conservadora y para la formación de cofradías a las que sólo tienen acceso los popayanejos de rancia estirpe. Sus festejos anuales son, por tanto, no sólo muestra de

fervor religioso: son folklore puro, como en Sevilla. Incluso se han convertido en atracción turística. Es lógico, entonces, que esta Semana Santa, la más renombrada de Colombia, haya generado bibliografía científica y producido, finalmente, una obra como la presente de divulgación. Obras como ésta no faltan en la Madre Patria; piénsese en la hermosa *Semana Santa salmantina* de Francisco Javier Blázquez y Luis Monzón (1992), por nombrar solamente un caso. En Colombia, en cambio, no se había publicado nada semejante antes de la obra aquí reseñada. El tamaño elegido (22.9 x 32.5 cm) supera ligeramente el de la guía de Blázquez / Monzón, y es ideal para publicar fotos que abarcan toda la página y ponen así de relieve los detalles pintorescos que describen los textos. Las fotos son casi siempre a todo color y no escasean las de doble página.

Las celebraciones popayanejas de Semana Santa tienen una historia de 450 años. Al parecer, la única interrupción fue la provocada por el terremoto del 31 de marzo (Jueves Santo) de 1983; además de otras víctimas, unas 60 personas murieron aplastadas por la cúpula de la Catedral mientras esperaban que comenzara (con atraso) la misa de ocho. Al menos desde la segunda mitad del siglo XVII los habitantes tenían la obligación de blanquear las fachadas de las casas por cuyas calles pasaban las procesiones; esta costumbre se ha conservado hasta

hoy. Desde hace algunos decenios, durante la misma semana se realiza en Popayán un Festival de Música Religiosa, al que está dedicado un largo texto ilustrado.

Como toda tradición viviente, la organización de la Semana Santa de Popayán ha sufrido cambios a lo largo del tiempo: las «procesiones chiquitas» de niños que imitan las de los adultos; últimamente, la participación femenina. El cambio más reciente ha sido la introducción de un nuevo paso, El Descendimiento, el mismo año de la publicación de este libro de lectura tan instructiva como entretenida.

**Agustín Seguí**

**I luoghi della storia in Manuel Mujica Láinez, Adele Galeota Cajati, Salerno, Edizioni del Paguro, 1999.**

Poner orden en las complejas relaciones entre los lugares y la historia, desde el punto de vista, ya sea temático, ya con respecto a los procedimientos, sobre todo en un escritor denso como Mujica Láinez, es una tarea nada fácil. Adele Galeota Cajati, profesora de la Universidad de Nápoles, logra este propósito, en este libro rico de significados y sugerencias, debajo de cuya claridad subyace un rigor metodológico, disimulado con elegancia.

La autora se propone reconstruir, a través de una lectura transversal de la obra de Mujica Láinez, los elementos fundamentales y constantes que conforman la poética del autor. No, entonces, las clasificaciones tradicionales que fraccionan y delimitan la multiplicidad de su obra, aspectos, sin duda, útiles, pero que tienen el inconveniente de ofrecer verdades parciales o una suma de elementos, no siempre homogéneos sino, más bien, la búsqueda, a nivel de superficie, de los elementos que, aparte de iluminar aspectos importantes que hacen a la propia relación del autor con la escritura, constituyen, a nivel profundo, la poética –válida para toda la obra– del mismo. Para la autora, la obra de Mujica Láinez es como un laberinto, «un ipertesto che rimanda reiteratamente a se stesso». El objeto de estudio es, pues, este hipertexto, esta obra como un único texto, que multiplica las relaciones entre sus elementos y permite, a la autora, desentrañar los aspectos definitorios de una poética, siempre en acto que, al final, termina revelándose también como una poética programática. En este desentrañar, Adele Galeota Cajati rescata, de un modo deliberado y preciso, expresiones de los propios personajes que, en el fondo, remiten, en formas variadas y homológicamente a problemas de la escritura y de las relaciones del escritor con la materia que trabaja. Los deslindes y convergencias entre literatura e historia, los huecos de esta última, en los cuales Mujica

Láinez es un maestro, la transmutación del hecho histórico en términos de literatura, constituyen reflexiones que conducen, con claridad a la delimitación de la naturaleza del texto literario.

A menudo, el crítico analiza una obra como un producto terminado, definitivo, en el que no se ven las dificultades –a veces dramáticas– con que el escritor se encuentra en su trabajo. La formulación de una poética es siempre incompleta si quien la formula no participa o no tiene en cuenta, siempre desde un punto de vista de la Poética –no sólo de la crítica– las vicisitudes de un texto en su hacerse. No es éste el caso de Adele Galeota Cajati. Por ello me atrevo a decir que este trabajo no sólo constituye un aporte importante –por lo novedoso de la perspectiva– a los estudios sobre el escritor argentino, sino que también los lectores-escritores encontrarán una materia importante para sus reflexiones acerca del quehacer literario.

**Juan Octavio Prenz**

**Borges en «El Hogar»**, Jorge Luis Borges (1935-1938), Buenos Aires, Emecé, 2000.

La tarea ingente de recuperar la gran cantidad de reseñas, artículos y comentarios bibliográficos que Borges fue escribiendo a lo largo de su

dilatada carrera como escritor, se renueva cada vez que se da a la luz un volumen con ese material. Así ocurre con el que estamos comentando. Se trata de las colaboraciones de Borges, para la revista porteña *El Hogar*.

Si bien la editorial Tusquets había publicado una selección en el año 1986, bajo el título *Textos cautivos*, en *Borges en «El hogar»* se reúnen todos los trabajos que, en su momento, quedaron sin recoger.

Cabe agregar que la revista *El Hogar*, apareció entre 1930 y 1962. Era un órgano de información general, orientado hacia la mujer de las clases media y alta de la sociedad de Buenos Aires. Este dato es importante, porque habrá de revelar hacia dónde estaba dirigido el discurso literario que Borges habrá de emplear, en esa circunstancia.

El libro se ordena en dos secciones: Libros y autores extranjeros y Miscelánea.

La primera sección colecta una serie bastante cuantiosa de reseñas bibliográficas y biografías breves de autores franceses, anglosajones, alemanes, a los que Borges tiene acceso en sus lenguas originales, y sobre los que elabora comentarios críticos breves, concisos y verdaderamente perdurables. Este atributo se justifica porque todavía hoy se pueden leer esos trabajos con el mismo interés y la misma actualidad, como si hubieran aparecido recientemente.

En este sentido, es importante el rescate que realiza Borges de algu-

nos autores que no habían recibido la atención suficiente de la crítica y de los lectores, como así también el hecho de poner en discusión algunos méritos de escritores que, por entonces, ya estaban consagrados.

La segunda sección, si bien menos extensa, reúne respuestas a cuestionarios y encuestas realizadas por la misma revista sobre el estado actual de la literatura y de la cultura; dos notas sobre premios nacionales y autores, y un discurso de Borges sobre la función de la biblioteca como órgano difusor de cultura.

La apertura que ofrecen estos textos borgeanos tiene el matiz de promover lecturas diferenciadas. El hecho de que Borges haya dedicado numerosas páginas a autores extranjeros, del momento y otros más cercanos a los clásicos, permite al lector tener un panorama lo suficientemente amplio y concreto de las preferencias literarias de Borges.

La validez de este libro reside en el hecho de que a partir de él se brinda la posibilidad de reconstruir la biblioteca borgeana, siempre que el término «biblioteca» se entienda no como un ente material, como un mero depósito de libros, sino como un concepto que indica las lecturas de un autor.

Con estos escritos breves de Borges se puede ampliar aún más el panorama de su pensamiento literario. Además, el lector tiene la posibilidad de acceder a un material marginal que, en muchos casos, viene a apoyar la producción central